

Cuadernos del Sur

Número 8 ■ Octubre de 1988

Tierra  fuego
del

¿EXISTE UNA CRISIS DEL MARXISMO?*

Perry Anderson

Desde hace un cierto tiempo —vamos a ver más tarde cuánto tiempo— se habla de una crisis del marxismo. La fórmula en verdad, a veces se vuelve un término de moda intelectual, pero no hay duda alguna que muchos socialistas sinceros están hoy sumamente preocupados por lo que ellos denominan la crisis del marxismo. Hay que respetar el impulso fundamental de sus inquietudes, pero tenemos también el deber de escrutar crítica y científicamente el concepto a que se refieren estas inquietudes.

¿Qué significa exactamente la fórmula crisis del marxismo?

Creo que podemos de antemano suponer dos connotaciones en la fórmula:

Primero, tomemos el vocablo crisis. Sugiere inequívocamente el surgimiento de algo súbito y nuevo, una ruptura pues, con un estado pasado de estabilidad o plenitud.

Pasemos al vocablo marxismo. Aquí, se indica claramente el plano de la teoría, proceso esencialmente intelectual. En resumen, los dos vocablos juntos parecen proclamar el advenimiento de una nueva carencia o incapacidad; que no existía anteriormente en el pensamiento marxista que, se presupone, se comportaba mejor. Ahora, si este es el sentido efectivo de la fórmula, debemos comenzar por hacer dos preguntas:

¿Es posible mantener que el marxismo como sistema de pensamiento o campo, zona de cultura, ha manifestado una caída, una disminución de su productividad o invención en el último decenio, o sea, los años 70? Si planteamos el problema así, creo que la respuesta no puede ser más que una sola: lejos de ser un decenio de silencio, fatiga o contracción, los

* Transcripción de la grabación magnetofónica de la conferencia dictada en el aula "Karl Marx" de la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Puebla. Reproducido de Cuadernos de Marcha N° 10. 1986.

años recientes han visto un notable ascenso de la creatividad y productividad del pensamiento marxista. Un período —si podemos expresarnos así— de auge en vez de desplome. Esto salta a la vista si comparamos la situación en los años 70 con la de los años 50; o en cuanto a eso, de los 40 o los 60. Esencialmente, en efecto, el marxismo en los primeros 20 años después de la segunda guerra mundial, se concentró sobre todo en el campo filosófico, estrechamente definido. Siguiendo por lo tanto una línea que se desprende, en última instancia, de las obras de Korsch y Lukács. Después de la primera guerra mundial, es la época de la construcción de toda una serie de sistemas intelectuales diversos, cuyo objeto central eran siempre cuestiones epistemológicas y metodológicas preliminares al estudio del mundo real, no abordando este estudio en sí mismo. En Europa —si se piensa en la escuela de Frankfurt, en la obra de Althusser, en la escuela de della Volpe, en el itinerario de Sartre o de Lukács—, esta tendencia invirtió la trayectoria de Marx mismo, que comenzó con la filosofía y terminó en la política y en la economía. En aquellos años, obras de análisis políticos o económicos, la forma clásica del pensamiento socialista revolucionario en la época de Marx o Lenin, casi no fueron producidas. La pobreza de investigaciones concretas parece, en retrospectiva, asombrosa. Ninguna de las mayores transformaciones del capitalismo mundial después de la segunda guerra mundial recibió una explicación teórica adecuada. Ni el prodigioso dinamismo de las economías de los países imperialistas, por ejemplo. Ni la generalización y la consolidación de la democracia burguesa como patrón o norma de dominio capitalista, por primera vez en la historia. Ni la nueva diversificación de las estructuras sociales de los países capitalistas. Tampoco aparecieron discusiones o proyectos serios de estrategia socialista en los bastiones del imperialismo. Además, faltaban análisis nuevos o fundados, de la realidad de los países en donde las revoluciones socialistas habían vencido (Rusia, China, Europa del este). Aún más, se puede decir que por un cierto período, digamos sobre todo durante la alta guerra fría de los 50, una fórmula que acuñó Sartre fue relativamente válida: él dijo que “el marxismo se había paralizado”. Una expresión que me parece, al mismo tiempo, más matizada que la “crisis del marxismo” y más apropiada al período a que se aplicó. Ahora, si miramos a la evolución del marxismo en los años 70, el panorama es radicalmente diverso. Hay un verdadero florecimiento de obras y contribuciones originales en áreas desde entonces descuidadas o inexploradas. Tomemos lo más fundamental de todo: el estudio de las transformaciones globales del modo de producción capitalista después de **El capital**, de Marx. Desde Luxemburgo, Hilferding, tal vez Grossman, no hubo literalmente nada escrito en forma seria y sintética sobre este asunto, durante 40 ó 50 años. Pero hoy en día, tenemos por lo menos tres obras de gran envergadura que nos ofrecen teorizaciones contemporáneas del capitalismo mundial y del capitalismo norteamericano (su sector dominante). Me refiero a **El ca-**

pitalismo tardío, de Ernest Mandel, a **La crisis y regulación del capitalismo**, del francés Michel Aglietta y al **Trabajo y capital monopolista**, del norteamericano Harry Braverman.

Asimismo de no existir casi nada elaborado sobre el estado capitalista, ahora abundan estudios importantes y acumulativos: pensemos en los cinco libros de Nicos Poulanzas en la materia, abarcando los estados democráticos-burgueses, fascistas y militares; en la obra del inglés Miliband, con mayor énfasis empírico; en los debates de la escuela de **Kapitalistate** en Alemania; en el brillante libro reciente del sociólogo sueco Theborn: **¿Cómo domina la clase dominante?**; en los trabajos fundamentales de Fernando Enrique Cardoso, sobre el estado capitalista dependiente.

Y si pasamos al problema de los nuevos tipos de estratificación en los países capitalistas, hallamos estudios de su estructura de clases, infinitamente más sofisticados y ricos que en el pasado; inclusive el pasado del marxismo propiamente clásico, como por ejemplo el reciente libro **Clase, crisis y estado** del norteamericano Olin Wright; o la serie de obras de Establet, antiguo discípulo de Althusser. Althusser mismo ha dado un impulso poderoso a la exploración de los mecanismos de la ideología, otro asunto largamente descuidado en el marxismo anterior, con su famoso ensayo en la materia; ideas después notablemente desarrolladas y enriquecidas por el argentino Ernesto Laclau en su trabajo **Política e ideología en la teoría marxista**. El sistema imperialista mismo ha sido, creo, menos explorado, pero aun aquí, el último decenio ha producido **El intercambio desigual**, del griego Emmanuel y el sibiliano pero sutil y estimulante trabajo del italiano Arregui, **La geometría del imperialismo**, para no hablar de los escritos del norteamericano Magdoff, colega de Sweezy. Finalmente, podemos decir que tampoco el campo de las sociedades llamadas del “socialismo real” ha quedado intocado. Los 70 han visto la terminación de la obra grandiosa del historiador inglés E.H. Carr, sobre la construcción del régimen soviético en los años 20. Tal vez aún más importante, estos años han producido la primera reflexión erudita y sistemática sobre la historia del stalinismo desde dentro de la Unión Soviética con los trabajos de Beyer, y la primera teorización rigurosa de las estructuras de los países de Europa del Este, en el magnífico libro del alemán Rudolf Bahro, **La alternativa**.

Así, si hablamos de la instancia teórica de la producción del marxismo como fuente de pensamiento, me parece francamente aberrante —es invertir la realidad—. describir la fase actual como un período de “crisis del marxismo”. Al contrario, podemos decir que jamás desde la época heroica de los fundadores del moderno pensamiento revolucionario, ha sido, el materialismo histórico tan obviamente fértil y productivo como hoy.

En este punto entrevemos ya la objeción que un defensor de la tesis de la “crisis del marxismo” probablemente haría. Bueno, diría él “es posible que el cuadro de la actividad teórica haya sido más o menos como tú lo describes, pero cuando nosotros usamos la fórmula de la crisis del marxismo, estamos sobre todo pensando en otra cosa, es decir, en la crisis de la práctica socialista, o sea, por un lado el autoritarismo burocrático de los estados comunistas existentes, su falta radical de democracia socialista, y por el otro, el callejón en que se encuentra el movimiento obrero de los países avanzados. Su incapacidad hasta la fecha de realizar revoluciones socialistas en sus propios países” Ahora, ambos hechos masivos son reales. Seguramente ellos dominan mucho de nuestra historia hoy y frente a ellos la más profunda inquietud, interrogación o aun angustia, no es irracional, ni injustificada. Pero aquí el otro polo de la “crisis del marxismo” se vuelve pertinente. Ahora, no “marxismo” sino “crisis”. Pues como hemos visto el término crisis implica un proceso súbito, nuevo, abrupto. Una ruptura, como dije, con un pasado de estabilidad o plenitud. Ahora, ¿en qué sentido los dos grandes fenómenos arriba mencionados son nuevos?. ¿en qué medida son particularidades del decenio de los 70?, ¿hasta qué punto han sido ignorados o descuidados históricamente por marxistas? Cuando planteamos estas preguntas, yo creo que las respuestas son evidentes. En ningún sentido son las estructuras autoritarias, el poder policial, la censura, la ausencia de organizaciones populares autónomas, fenómenos nuevos en los países del Este. Ellos han existido en la Unión Soviética desde hace más de medio siglo, en China o Europa Oriental desde hace treinta años. No hay nada aquí que pueda justificar el descubrimiento de una supuesta “crisis del marxismo” en los años 70. “Pero —se puede argumentar— hubo defensores de la tesis de la ‘crisis de marxismo’ Marxistas que han visto y analizado todo esto en las épocas anteriores”. De nuevo la respuesta es muy clara y muy sencilla: ¡sí hubo! y no pocos. Sobre todo, bien entendido, Trotsky, cuyos escritos sobre la naturaleza y consolidación del régimen stalinista en Rusia quedan como insuperables en calidad, en muchos aspectos, hasta hoy.

Pero también hubo Rakovsky, Serge; más tarde la figura de Isaac Deustcher, Marcuse, Sartre —todos marxistas— que en su tiempo escribieron obras penetrantes sobre el socialismo soviético, de cómo fue construido por el partido ruso bajo la dictadura de Stalin.

Hubo también, bien entendido, una vasta literatura soviológica de marca burguesa, pero a menudo de un nivel historiográfico y científico muy sólido que en ningún caso, los marxistas tenían el derecho de ignorar y que, en efecto, muchos de los marxistas arriba mencionados leían y apreciaban. Hablar de una crisis del marxismo olvidando toda esta tradición de estudios concretos, que va, más o menos, de Trotsky a Carr, alimentados también por la erudición burguesa, me parece política e intelectualmente insostenible.

Hay una consideración final aquí: ¿es posible que la fórmula de la “crisis del marxismo” sea relativamente justificada? o digamos ¿ha habido un reciente empeoramiento o deterioro terminante o decisivo de los sistemas soviéticos en los últimos años? Aquí también, y para decir la verdad, es lo contrario. Con todas las denuncias y críticas que deben hacerse imperativamente de la Unión Soviética hoy, no cabe la menor duda en todos los aspectos de su vida social interna y de su política externa, que los cambios que han sobrevenido entre Stalin y Breznev han sido positivos, no negativos. Las cosas han mejorado, no al revés, desde los años 30. Ya no hay ocho millones de prisioneros políticos en campos de trabajo. Ningún grupo social está sometido a prácticas de exterminación. Las “purgas sangrientas” en el partido y el estado han desaparecido. La literatura y la ciencia no obedecen más a los caprichos de un dirigente político. El nivel de vida de las masas ha registrado avances enormes. Todo esto, queda claro, es compatible con la permanencia de un estado autoritario y una burocracia incrustada que deben un día ser derribados y destruidos por las masas soviéticas. En el exterior, todos sabemos del crimen de la invasión de Checoslovaquia bajo Breznev, la doctrina de soberanía limitada en Europa del este, expresión clarísima del **chovinismo** ruso tradicional. Pero bajo Stalin, se puede decir que la política exterior soviética solamente consistía en la aplicación de los fríos cálculos del egoísmo ruso. Stalin jamás ayudó a una sola revolución socialista independiente de la Unión Soviética. Al contrario, trató sistemáticamente de impedir las o bloquearlas en Yugoslavia, en China, en Grecia, o en España. Hay una diferencia fundamental hoy en este aspecto. La política exterior de Breznev, manchada con la invasión de Checoslovaquia, la amistad con Argentina y otros delitos, también ha significado ayuda material decisiva para la supervivencia de la revolución cubana; la victoria de la revolución vietnamita; el rescate de la revolución angoleña. Hazañas inimaginables en el tiempo de Stalin y su dogma del “socialismo en un solo país” Así, se puede decir, que los que atribuyen la “crisis del marxismo” a las monstruosidades del stalinismo, no solamente olvidan que han transcurrido apenas cincuenta años, sino que también dejan de ver, que muchas de ellas, mientras tanto, han desaparecido o disminuido. Esto quiere decir que, en una perspectiva histórica equilibrada, la Rusia de Breznev debería inspirar menos pesimismo, no más, que la Rusia de Stalin.

Por otro lado, en lo que se refiere a la situación del movimiento obrero en los países capitalistas avanzados, aquí tampoco es posible hablar de una “crisis” en el sentido de una nueva derrota. Claro, la ausencia de cualquier revolución socialista en estas sociedades plantea una serie de problemas intrincados e importantes al marxismo. Pero no debemos olvidar qué breve ha sido el ciclo histórico de la Revolución de Octubre, o desde **El capital**, de Marx. No hay ninguna razón de desesperar de futuras revoluciones socialistas en los

países imperialistas, sin concebimos científicamente, como debemos concebirla, la transición del capitalismo al socialismo como un proceso de siglos y no de decenios como el que ocurrió durante la transición del feudalismo al capitalismo. En esta perspectiva, es la rapidez, y no la lentitud de la expansión de sociedades precapitalistas, lo que es impresionante a escala mundial desde 1917 para acá. Si analizamos a los países imperialistas más de cerca mientras que la distancia de la clase obrera de la toma de poder en estas sociedades es innegable, no es el caso que esta distancia haya aumentado en los últimos 40 ó 50 años; por el contrario, si comparamos la situación objetiva de la clase obrera europea o japonesa, o aun norteamericana, hoy, con la del período entre las dos guerras, es evidente que sus fuerzas se han incrementado, tanto a nivel básico de tasas de sindicalización, como a un nivel más elevado de organización y expresión política. No se debe olvidar que unos pocos decenios atrás, el fascismo había destruido totalmente el movimiento obrero en Alemania, Italia y Japón, mientras que en los Estados Unidos, la mayor parte del proletariado no había ganado ni siquiera los derechos más elementales de autodefensa, es decir, la capacidad de formar sindicatos. Objetivamente, el peso social, mucho más determinante de la clase obrera en estos países, puede ser hoy visto en su expresión universal en la tasa media de ganancia de los países imperialistas (una de las claves de la crisis mundial actual) y también en su capacidad impresionante de resistir a una baja real de su nivel de vida aún en medio de la inflación galopante y desocupación creciente. Un cuadro pues, totalmente diverso de lo que ocurrió durante la gran depresión de los años 30.

Lo que falta todavía es una visión estratégica de cómo aprovecharse de las dificultades del imperialismo para movilizar a la mayoría de la población explotada para derrocar el actual sistema, es decir, si la fuerza económica y social del proletariado en estos países ha aumentado decisivamente desde la guerra, si su capacidad política de proyectar y realizar otra sociedad, no se ha desarrollado concomitantemente. Pero aquí también, nos enfrentamos a una nueva situación: ya en los años 30, el fracaso de la estrategia dominante en el movimiento obrero internacional en estos países, es decir, del frente popular, fue patente. El colapso del movimiento obrero europeo; la derrota del gobierno de Negrín en España con el definitivo *putch* anticomunista; la purga devastadora del *macartismo* con que terminó la experiencia browderiana de integración en los aparatos oficiales y estatales en los Estados Unidos.

Todo este ciclo debería ser bien conocido.

Además, después de la segunda guerra mundial, hubo una segunda serie de experiencias sombrías en los años 40, con los gobiernos llamados de "reconstrucción nacional", cuando los partidos comunistas y socialistas colaboraron con los partidos burgueses en gobiernos capitalistas en Francia, Italia, Finlan-

dia, Bélgica y otros países. Después de algunos años, en cada caso, se vió la debilidad de los partidos comunistas cuando el capital no necesitó más neutralizarlos por vías administrativas.

Pues si el movimiento obrero en los países imperialistas carece de una perspectiva política convincente hoy, si no ha hallado el justo camino al poder en sus países, éste no es un hecho nuevo, sino algo ya evidenciado desde por lo menos 40 ó 50 años. En este sentido también no hay motivos para describir la coyuntura actual como una situación nueva de crisis.

Las dificultades del camino al socialismo en el occidente han sido evidentes desde hace muchos años.

Hasta ahora, he tratado de mostrar desde una perspectiva histórica, que la tesis de una crisis especial del marxismo es hoy insostenible, tanto a nivel teórico como a nivel práctico, pero esto no quiere decir que la fórmula sea vacía. Al contrario, indica un proceso real y pertinente, pero en el modo de la ideología, o sea, sin ser consciente en sí mismo de lo que involucra. ¿Cuál es su contenido auténtico?: yo diría que en vez de hablar de una “crisis del marxismo”, sería más exacto hablar de una crisis del movimiento comunista que se desprende de la tradición de la Tercera Internacional. Para muchos comunistas, las realidades del régimen soviético son un descubrimiento relativamente reciente que han provocado choque y crisis, como también los obstáculos y enigmas que imponen a la transición al socialismo, la existencia de la democracia burguesa en el Occidente. Pero aún esta reformulación no es bastante exacta, pues la mayoría de los partidos comunistas del mundo y sus voceros: el ruso, el chino, el vietnamita, el cubano, el yugoslavo, no admiten ninguna “crisis del marxismo”. En realidad, la noción de esta crisis está limitada, en mi opinión, a sectores más precisos del movimiento obrero internacional. Surge esencialmente entre intelectuales comunistas o excomunistas en los países latinos de Europa Occidental, sobre todo Francia, Italia y España y se propaga después a otros países semi-industrializados como Grecia o áreas de América Latina.

¿En qué momento aparece?, la fecha es significativa: la fórmula nace en 1968 y se populariza en los siguientes dos o tres años. Para entender su significado real, es decir, material e histórico, es necesario colocarla en este contexto político preciso.

Ahora, me parece que la noción de la “crisis del marxismo” tiene dos raíces fundamentales: estas raíces son dos grandes decepciones históricas que ha sufrido la *intelligentsia* comunista de Europa Occidental en los últimos años. Dos decepciones, si puedo decirlo así, acumulativas, que han detonado un sentimiento profundo y sincero de crisis en estos ambientes. ¿Cuáles fueron? Sucesivamente, el maoísmo y el eurocomunismo.

Explicaré primero el impacto del maoísmo. Después del XX Congreso del PCUS en 1956, no era ya posible para los comunistas del Occidente cerrar los

ojos completamente a las verdades del stalinismo en Rusia. La imagen de la Unión Soviética resultó gravemente desprestigiada por las revelaciones oficiales de Kruschov. Pero una reacción muy común entre los intelectuales comunistas, no fue la de explorar o de recuperar toda la larga tradición marxista —crítica del stalinismo— ahora objetivamente vindicada, sino la de buscar otro modelo de construcción socialista más aceptable. Una segunda y menos comprometida patria de los trabajadores; ésta la hallaron, en gran medida, en China. El régimen maoísta no sólo en los principios de los años sesenta, no había cometido crímenes, purgas, deportaciones; sino que también parecía preconizar una política internacional mucho más militante y solidaria en la lucha de la clase mundial que el Estado soviético de Kruschov. Entonces, cuando aconteció la ruptura chino-soviética en 1964, hubo un fenómeno muy generalizado entre los intelectuales de izquierda en Europa, Japón y los Estados Unidos, de traslado de una lealtad anterior acrítica a la URSS, ahora hacia China. Este proceso de traslado ideológico, fue después masivamente reforzado por la erupción de la llamada Gran Revolución Proletaria Cultural en China en 1966. El impacto de la Revolución Cultural en la intelectualidad socialista occidental fue tremendo, sobre todo porque parecía ofrecer un modelo concreto de igualitarismo radical, espontaneidad popular, liberación de las energías de las masas, ataque a privilegios y a la antigua división del trabajo, denuncia del burocratismo junto con la solidaridad activa con el movimiento internacional revolucionario.

Al mismo tiempo, la Revolución Cultural se presentó explícitamente como un modo de no repetir, de evitar los desastres de la experiencia pasada en Rusia, que luego la prensa China comenzó a clasificar como un país capitalista. Todo eso entusiasmó a muchísimos marxistas occidentales, aún cuando quedaban miembros de partidos comunistas occidentales formalmente hostiles a la nueva experiencia china. Por ejemplo, en Francia, la obra de Althusser es incomprendible, sin el fondo de su simpatía e interés constante por el maoísmo de los años 60; sus primeros escritos coinciden precisamente con las primeras polémicas chino-soviéticas. Los libros de Poulantzas son testimonio también de su admiración por la revolución cultural. André Glucksman, ahora antimarxista notorio, ahora “nuevo filósofo”, entonces figura de izquierda muy admirada por Althusser, escribió un libro *“El discurso de la guerra”* que es un verdadero himno al maoísmo. Sartre, como se sabe, se empeñó activamente en el propio movimiento maoísta en Francia después de 1968. En Italia, casi toda la joven izquierda era ardientemente maoísta en aquellos años; y muchos intelectuales comunistas también miraron con simpatía al desafío chino. En España, Fernando Claudín, crítico implacable del partido soviético, mostró grandes ternuras por el partido chino, eximiéndolo de sus denuncias acerca de la nueva “clase dirigente” que, alegaba, existía en Rusia. En Alema-

nia Occidental, el entusiasmo maoísta fue general en la generación del SDS, arrastrando inclusive a figuras de edad mayor como el poeta y ensayista Hans Magnus Enzensberger. En mi propio país, el más grande pensador socialista, Williams, igualmente se inclinó claramente hacia la dirección de la revolución cultural. En Estados Unidos, los directores de la **Monthly Review**, Paul Sweezy y Harry Magdoff, se volvieron predicadores incondicionales de la línea maoísta de la época.

Ahora, toda esta simpatía y admiración por China tenía como base la creencia de que China representaba un sistema político más a la izquierda, más progresista, más radical, más internacionalista que la Rusia de entonces. En realidad, el culto a la personalidad de Mao, peor aún que el de Stalin, el cinismo descarado de la prensa china, la manipulación de muchedumbres, las calumnias grotescas descargadas sobre la cabeza de los adversarios en el partido, la degradación constante de la vida cultural e intelectual en China en estos años, estos elementos, deberían haber advertido a la intelectualidad occidental simpatizante, que vivía de ilusiones. Pero como en el caso del entusiasmo acrítico por la Unión Soviética, de los planes de cinco años del stalinismo en los años 30, hubo una tendencia fuerte a no ver las cosas como en realidad se planteaban. Las primeras desiluciones surgen cuando se constata que la China ahora perseguía una política exterior no más progresiva, sino mucho más reaccionaria que la de Rusia, hecho contrario a todas las expectativas. Los aplausos para la contrarrevolución en países como Sudán o Ceilán; los brazos extendidos a Pinochet en Chile, sobre todo la bienvenida calurosa a Nixon durante el peor bombardeo norteamericano a Vietnam, fueron todos actos cumplidos durante la vida de Mao.

Después de su muerte, su herencia política ha sido denunciada, y las hipocresías y mitos de la revolución cultural ampliamente expuestos por sus sucesores. Hoy en día una versión del kruschovismo domina en China. Este gobierno ha repudiado totalmente la experiencia de la revolución cultural, ha orientado al país internamente hacia una dependencia de mecanismos de mercado mucho mayor que en Rusia, con intervención del capital extranjero a escala tal vez masiva, y que al mismo tiempo codifica una política externa de colusión sistemática con el imperialismo en todos sus planos: de Africa a Asia del Sur, de Japón a otra parte, sin precedentes en la historia del movimiento obrero. Ahora, esta desembocadura brutal del modelo chino, fue un golpe durísimo para sus seguidores en el occidente. La destrucción de esperanzas, aunque infundadas, es siempre una experiencia desmoralizadora.

Esta decepción por la alternativa maoísta, configuró en gran parte, el subsuelo del sentimiento posterior que se expresaría en una crisis del marxismo. Las fases finales de esta decepción, fueron solapadas, sin embargo, con una nueva. Desde 1976 en adelante, la escena política europea fue dominada por

el ascenso del eurocomunismo, es decir, la perspectiva de gobiernos de coalición, con participación comunista, paulatinamente avanzando hacia el socialismo, por un camino parlamentario, con reformas graduales y mantenimiento de la mayor parte de las instituciones vigentes de la democracia burguesa. En el plano teórico, el eurocomunismo se definió esencialmente por su rechazo del leninismo como estrategia adecuada para la transición al socialismo en países avanzados. En muchos aspectos, representó un regreso a ideas y principios clásicos de la Segunda Internacional antes de 1914. Precisamente fueron éstos los que combatió Lenin con la máxima energía.

En el plano directamente político, el eurocomunismo se definió esencialmente por su repudio a la Unión Soviética como modelo aceptable del socialismo. Las críticas hechas por los partidos eurocomunistas al Estado soviético, fueron más templadas y más pertinentes que las denuncias hechas antes por el partido chino, pero es muy importante subrayar el carácter común del maoísmo y del eurocomunismo, como esfuerzo por hallar una vía diferente a la históricamente tomada por la Rusia de Stalin, porque no cabe duda, fue precisamente este puente entre los dos movimientos, lo que permitió el paso masivo y súbito de tantos intelectuales marxistas del uno al otro en Europa.

Los casos de Poulantzas y de Claudín son ejemplares, porque ambos habían sido mordazmente críticos del derechismo —como ellos lo llamaban— de los partidos comunistas en Francia y en España, pocos años atrás. Poulantzas se presentaba en estos años, como un pilar de leninismo, lleno de desprecio por la ilusiones parlamentaristas. Claudín escribió necrologías feroces acerca de la experiencia de los “frentes populares” en Francia y en España; pero la atracción del eurocomunismo afectó también, aunque más ambiguamente a Althusser en Francia, a Habermas en Alemania. En Italia también a muchos intelectuales anteriormente pertenecientes a la extrema izquierda extraparlamentaria, como Tronti y otros.

Aquí también jugaron un papel determinante las esperanzas creadas por la inminencia aparente de victorias electorales de coaliciones de izquierda. Después de decenios de contención, el movimiento obrero en Europa latina, parecía estar a punto de dar un salto cualitativo, de avance. El fin del régimen franquista en España; las presiones crecientes en la dirección de un pacto histórico con la democracia cristiana, en Italia; la perspectiva de un triunfo electoral de la unión de izquierda, en Francia. Toda la coyuntura parecía prometer una brecha en el antiguo orden social y político. En realidad ¿qué pasó? Las primeras pruebas históricas por las que pasó el eurocomunismo, fueron generalmente al fracaso. En Francia, una violentísima campaña ideológica burguesa, combinada con la división entre el Partido Socialista y el Partido Comunista aseguró la derrota espectacular de la unión de izquierda. En Italia, la democracia cristiana utilizó al partido comunista para restablecer su poder

político, hasta que el partido italiano se vio profundamente sacudido en sus bases obreras y desacreditado en sus horizontes estratégicos; y luego, la democracia cristiana lo despidió sin ceremonia. El compromiso histórico italiano está hoy irremediabilmente en ruinas. En España, el partido comunista no logró ni siquiera impedir un fuerte viraje del partido socialista a la derecha, mientras que el régimen postfranquista de la burguesía se consolidaba notablemente a costa de la clase obrera española.

La decepción política causada por esta serie de reveses, no solamente entre intelectuales, claro, sino también entre los trabajadores, ha sido tremenda. Un horizonte que parecía abrirse para toda una generación, se ha cerrado súbitamente de nuevo. La reacción de amargura, ira, desesperación, confusión, ha estallado casi instantáneamente en los ambientes intelectuales. Es decir, en 1978, pocos meses después de la derrota electoral en Francia, y en esta coyuntura determinante, las esperanzas de una vía nueva al socialismo, tanto en el extremo oriente como en el occidente, se habían desmoronado. De ahí nació la sensación difusa de una "crisis del marxismo"

¿Qué conclusiones deberíamos extraer de esta historia? Creo que hay tres significativas:

1. Tal vez, la primera lección que nos enseña la aseveración de una fórmula de una "crisis del marxismo", es que es importante no confundir nunca, la experiencia subjetiva y mediata de procesos políticos, con su configuración objetiva y real; y sobre todo, no proyectar en el plano de la teoría contradicciones que de hecho se sitúan en otro nivel: el de la práctica. El materialismo histórico está hoy mejor que hace años. El movimiento comunista internacional tiene grandes dificultades: sus interrelaciones se han deteriorado. Es esencial distinguir las dos cosas.

2. Políticamente el gran peligro del discurso sobre la "crisis del marxismo" es su tono acentuadamente antisoviético. Hemos visto las dos raíces de esta propensión antisoviética. Primero, los ataques furibundos del partido y prensa china contra la URSS. Segundo, la creciente voluntad de muchos partidos occidentales de distanciarse a toda costa de la Unión Soviética, para acuñar una nueva credibilidad, aun una respetabilidad democrática. Ninguna de estas reacciones es saludable. El hecho es que el maoísmo últimamente fracasó, dejando un país pobre y subdesarrollado, sin los éxitos económicos de la experiencia stalinista en Rusia y también sin mayores derechos populares. Hoy el eurocomunismo, por un lado, no ha resuelto ninguno de los problemas complejos y arduos de una estrategia realista y eficaz para la revolución socialista en el área imperialista. En esta situación, hay una gran preocupación de intelectuales con simpatías exmaoístas o eurocomunistas, de descargarse de su frustración política lanzando ataques cada vez menos equilibra-

dos contra la Unión Soviética, como si fuera la culpable de sus propias dificultades y carencias en el Occidente. En realidad, la Unión Soviética sigue su camino con todas sus deformaciones y defectos. Globalmente es un factor de progreso en la historia mundial de hoy que garantiza la posibilidad de revoluciones socialistas y estados obreros (esperemos más avanzados que ella misma). Conservador y reaccionario en Europa del este, su papel predominante en Asia, Africa y América Latina, es nítidamente dinámico y progresista, pues en lo que afecta a la mayoría de la humanidad, hablar de las dos superpotencias en este contexto, es una mistificación.

3. Finalmente, las palabras "crisis" y "crítica" tienen la misma raíz etimológica en el griego, pero no debería ser necesario descubrir una "crisis", en su mayor parte imaginaria, para adoptar una actitud de serena libertad crítica hacia las realidades de los estados obreros existentes y su pasado o hacia las ideas o hipótesis del materialismo histórico mismo. Ningún marxista digno de este nombre, jamás ha creído ciegamente en las tesis de Marx o Lenin, como si fuesen doctrinas religiosas o axiomas matemáticos. El marxismo, correctamente entendido, es una crítica permanente de la realidad histórica, inclusive de sus propios pasos y evolución. Es por eso que se le puede eximir de la noción de una crisis actual.

ISIS

Y SOCIAL

Buenos Aires, Agosto de 1988

Nº 11 Número 11 25-

II Bimestre Agosto 1988